

mismo primado reconocido y proclamado por los rusos; finalmente, los testimonios de la Iglesia rusa, citados en 1844 por el arzobispo ruteno-unido de Leopold y de Halicz.

Además, ya dijimos que San Epifanio en su *Ancorado* repite hasta diez veces que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo que procede del uno y del otro. También dijimos que el mismo Focio conviene en que hay diez y aun veinte Padres de la Iglesia que enseñan espresamente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. En el concilio de Florencia vimos á los doctores latinos probar á los griegos con una ciencia asombrosa de la tradicion y de los Padres que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un solo principio. Pio IX no habia mencionado este punto; pero los prelatos focianos se apoderan de él con tal arrebató é ignorancia, que no puede espresarse bastante. A pesar del testo de San Epifanio, á pesar de la confesion del mismo Focio, ellos se empeñan en sostener que ni un solo Padre de la Iglesia ha dicho que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; se empeñan en sostener que el decirlo es una herejía y una blasfemia; y concluyen de ahí que ese es el pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdonará á Pio IX ni en este mundo ni en el otro.—¡Dios mio! perdonadles, porque no saben lo que se dicen ni lo que se hacen.

Para la Iglesia de Dios y para el Vicario de Jesucristo no son una novedad ni una desgracia los ultrajes y las persecuciones que hemos visto en el curso de esta Historia. El discípulo no es mas que el maestro, ni el vicario mas que el pastor propietario. Jesucristo amó la Iglesia hasta entregarse por ella á fin de hacerla santa é inmaculada, y lo mismo sucede con su Vicario. Pedro, el primero de todos, fué crucificado en Roma, como su maestro lo habia sido en Jerusalem. Pablo, el

mas laborioso de los misioneros, decia á los cristianos de Colosos: «Me regocijo en mis padecimientos por vosotros y cumplo y acabo en mi carne lo que falta á los padecimientos de Jesucristo por su cuerpo, que es su Iglesia.» Asi Pio VI y Pio VII glorificaron mas á la Iglesia con sus tribulaciones que con todo lo demas; asi vemos á los apóstoles de la Oceanía ganar para Dios á los salvajes mas con la cruz y con el martirio que con la predicacion. ¡Dichosos, pues, aquellos á quienes el Señor juzga dignos de padecer por su nombre!

En tanto tú, pueblo de Roma, pueblo de la nueva Jerusalem, y vosotros pueblos de Italia, pueblos de la Judea cristiana, ¡ojalá no merezcáis la suerte de vuestros antepasados figurativos ni sirvais como ellos de leccion á las naciones ingratas é impenitentes! Y tú Francia, ¡ojalá tengas un gobierno que ya no se burle de tus nobles y gloriosos instintos, sino que los secunde para gloria de Dios y salvacion de la humanidad!

Si hoy se habla contra la propiedad temporal, este mal no es sin algun bien ni sin remedio. Los que poseen de por vida los bienes de este mundo olvidan muy á menudo que del Señor es la tierra y cuanto en ella hay; y que deben conformarse con los mandamientos de Dios en el uso que hagan de esos bienes y que de ellos deben hacer participantes á sus hermanos pobres, de modo que establezcan entre sí cierta especie de igualdad. Como apenas ó nunca van á los templos de Dios para oír esta doctrina de boca de sus ministros, su Providencia se lo recuerda con la gritería del pueblo en las calles. Sean pues dóciles á estos avisos y el Señor, que es el propietario verdadero, sabrá convertir muy luego en bendiciones los murmullos y griterías.

Otro tanto pasa con la soberanía tempo-

ral. Los pueblos de Francia y de Alemania propenden á suprimir los títulos de Magestad, de alteza, de dominacion, y de señorío. ¡Ah! es que muy á menudo los que llevan esos títulos se olvidan de que solo Dios es grande y señor! Su Providencia se lo recuerda por la voz formidable de las naciones soliviantadas como las olas del mar. ¡Ojalá conjuren á tiempo el huracan que les amenaza, y ya los empuja, reconociendo de obra y de palabra, con el corazón y con la boca, la absoluta sobe-

ranía del Eterno y de su Cristo, y cantando de corazón y de boca con el pueblo cristiano: *Tu solus Dominus, tu solus Altissimus Jesu-Christe, cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris. Amen!*

Acabado de reimprimir en Corbeil cerca de Paris en 31 de diciembre de 1852.

Asi termina Rohrbacher su Historia de la Iglesia de lo que hemos tomado el presente apéndice.

APÉNDICE II.

Varias reseñas relativas especialmente á España.

RESEÑA del estado y progresos de las artes y de las ciencias en el siglo XVIII, especialmente con relacion al estudio, y á la defensa de la Religion (1).

Muere Carlos II sin hijos en España, siendo el último vástago de la casa de Austria: deja la corona á su sucesor Felipe de Borbon, y esto basta para que armada la Europa, dispute, y quiera dividir entre sí un reino, á que pretende alegar derechos. Declárase la guerra, que dura con vario y dudoso éxito poco menos tiempo que la vida del nuevo monarca español, coronado ya, y declarado por legítimo heredero y sucesor de Carlos II. Entre el estrépito de las armas ¿qué atención ni cuidado se habia de aplicar al cultivo de las letras y ciencias? La necesidad mas urgente era la de defender-

se, ú ofender; y así abandonado lo que se juzgaba menos necesario, solamente se acudia á lo que podia facilitar uno ú otro de estos dos fines. España, Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Dinamarca, Prusia y las demas potencias, unas por sí, y otras como aliadas, y algunas tambien como neutrales, no cuidaban de otra cosa que de acopiar bastimentos, municiones, pertrechos, y acrecentar el número de las tropas. Sin embargo, de esta situacion en que se halló la Europa hasta el tratado de Utrecht (porque aunque la guerra duró hasta el año de 1746, no fué universal, sino particular y por derechos legítimos de sucesion á los Estados de Parma, Plasencia, Guastala, Nápoles y Sicilia), no dejaron de cultivarse las letras, ni se cerraron, hablando en general, los establecimientos literarios; lo que puede servir de apologia al siglo XVIII, y á su literatura. Por el contrario, si hemos de decir verdad, desde principios de este siglo se hicieron rápidos progresos en las cien-

(1) Extractamos esta reseña del Ducreux, Amat y algunos otros autores. B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

cias que se llaman exactas, y que quieren reducir á evidencia, si fuese posible, los mas oscuros arcanos de la Religion. Con efecto, si atendemos á un Benito Arias Montano, á un Soto, Perez Valencia, Maluenda, Lorino, Hugo y otros trescientos que se pudieran citar, ¿qué habrá que mejorar en los puntos de que trataron, y que desde su tiempo han servido de norma? La piedad, la Religion, la subordinacion al Sumo Pontífice y á los soberanos eran la base de su ciencia, no la charlatanería, la ignorancia, la impiedad y otros vicios, que con capa de ilustracion y de progreso han acarreado despues daños, que costará mucho trabajo remediar. En punto á la *Historia Eclesiástica* asi universal como particular, poco es lo que se puede añadir, sin embargo de que por lo que mira á España merece el mayor elogio el P. maestro fray Enrique Florez, y su continuador el P. maestro Risco, ambos del orden de San Agustin.

En el siglo anterior iban ya las letras y ciencias haciendo los mas rápidos progresos, y cuanto se habia trabajado en el siglo XVI, se procuraba conservar en el XVII. Este progreso literario y científico continuó en el siglo XVIII, á pesar de la guerra de sucesion. Felipe V, arrastrado igualmente de los horrores de Marte que de los atractivos de Palas, no bien fué jurado rey de España, y se halló aun vacilante en el trono, mas bien adquirido que heredado, cuando considerando que las letras, la Religion y las artes iban en alguna decadencia, procuró animarlas y restablecerlas, acudiendo presuroso al remedio.

Con este objeto dispuso su proteccion en el año de 1714, á una junta de literatos que en casa del señor marques de Villena se juntaban, con el honroso fin de hacer un diccionario copioso y exacto de la lengua castellana, en que se viese su hermosura, su fluidez, su abundancia, su suavidad, su pureza, su gravedad, su agudeza, sus frases y modo de decir, fijando el significado de las voces y su propiedad, manifestando que en ninguna de estas dotes cede á ninguna de las mas cultas, antes bien aventaja con mucho á todas ellas. Este era el fin que se proponian estos sugetos, cuando noticioso el benéfico monarca de tan

nobles designios, en el tiempo en que mas oprimido se hallaba de la guerra, erigió en Academia Real este cuerpo, bien persuadido de que se interesaba en ello el bien público, la gloria de su reinado, y la honra de la nacion. No contento con esto, consignó en el año de 1723 una crecida dotacion anual al mismo cuerpo para la impresion del diccionario, que ya estaba muy adelantado; y concluido que fué, les continuó la misma dotacion para otras publicaciones.

Este fué el origen de la Real Academia española, tan necesaria en una nacion culta, que al paso que las demas abundaban en diccionarios de sus lenguas, ella no tenia casi otro socorro, y ese poco abundante, que el *Tesoro de la lengua castellana* de don Sebastian de Cobarrubias, obra aunque muy digna del mayor elogio, muy escasa, y falta de voces, y cuyas definiciones no eran las mas exactas. Esta fué la causa que movió á dichos sugetos á emprender un trabajo penoso, y casi nuevo, siendo digno de admiracion y prueba clara de su desvelo el publicar en muy pocos años los seis gruesos tomos, que tanto aprecio han tenido y que han llegado á hacerse muy raros. Este cuerpo, celoso de la pureza de la lengua, y de acrisolar mas y mas los vocablos, frases y espresiones, no bien hubo concluido la impresion de su diccionario, cuando empezando de nuevo su correccion, continuó purificando y añadiendo algunas voces castellanas, que se escaparon á su diligencia en la primera impresion; de cuyo trabajo publicó el tomo primero y prosiguió en la correccion de los demas. Pero viendo que el público carecia de un auxilio tan necesario, que la obrase iba dilatando, contra su voluntad, y al mismo tiempo que no todos podrian costearla por lo voluminosa, determinó hacer un tomo que incluyese todos los vocablos del grande, pero descartando las autoridades; y de él lleva ya hechas mas de seis numerosas ediciones con aplauso y satisfaccion del público, sin que por eso haya cesado en el principal trabajo, ni dejado de publicar gramáticas y varias ortografías de la lengua, procurando siempre desempeñar con perfeccion el objeto de su instituto.

De este modo encaminaba el nuevo monarca sus miras á instruir la nacion, facilitándole los medios de hablar con la pureza que merece una lengua, hija de tan noble madre como la latina, y no pararon en esto sus cuidados. Viendo que su corte carecia de los auxilios necesarios para su cultura, sin los cuales jamás podia llegar á conseguirla, resolvió desprenderse de los libros que para su uso tenia en su palacio, y sin apartarlos de él, á ejemplo de César Augusto con el Vaticano, mandó que se franqueasen al público para su mayor utilidad y doctrina.

Asi fué como se estableció la Real biblioteca en la corte de Madrid, siendo digno de lástima que hasta entonces no hubiese habido ninguna, sin embargo de haber pasado mas de un siglo despues de fijada la residencia de los reyes de España en ella. Es verdad que en el siglo de Oro de nuestra literatura en tiempo del rey Felipe II, se fundó en el real monasterio de san Lorenzo del Escorial la famosa biblioteca que aun subsiste, de que cuidó el insigne español Benito Arias Montano, y acerca de la cual escribió su plan Juan Bautista Cardona; pero tambien lo es, que situada en un desierto, mas contribuia á la pompa y grandeza, que no á la utilidad pública. No ocultándose esto al señor don Felipe V, tomó la resolucion que se ha dicho en beneficio de la nacion, porque en realidad faltará cultura en donde falten los libros, depósitos de las ciencias, y auxilios de que no se puede prescindir. A su ejemplo se fundaron despues otras en las provincias, y se aumentaron la de Oviedo y la de Valencia.

En dias ya algo mas serenos se fundó igualmente la Real academia de la Historia, que á semejanza de aquellos soberbios edificios, que necesitando de profundos cimientos, tardan mucho tiempo en dejarse ver sobre la faz de la tierra, se ha ocupado, y continúa ocupándose silenciosamente en acopiar documentos, inscripciones, lápidas, monedas, y cuanto puede conducir para darnos con el tiempo el fruto de sus desvelos, en desempeño de su fundacion, que es hacer una historia completa y crítica de España.

Si alguna nacion tenia necesidad de una

historia general, era la española, porque aunque Florian de Ocampo, Morales, Sandobal, Mariana y Zurita, sugetos todos de la mayor recomendacion y doctrina, emprendieron escribir sus historias de España, unos quedaron muy á los principios, otros suplieron un poco, otros adelantaron hasta su tiempo, y en fin, ninguno pasó del reinado de Felipe II, siendo digno de lástima que careciésemos de una historia completa de que ninguna nacion debe carecer. Y no era tan solo este el defecto; necesitábase espurgar las antiguas de tantas patrañas y fábulas de que estaban llenas, para lo cual no bastaba un hombre solo, sino que eran menester muchos: y esta fué la causa de que el señor don Felipe V erigiese en Academia una junta de literatos que por voluntad propia, y conociendo los defectos referidos, se habian aplicado á hacer oportunas y críticas observaciones sobre nuestra historia esperando que con sus trabajos se lograria tener con el tiempo una historia completa, asi civil como eclesiástica.

Ni fueron solo las ciencias las que ocuparon la atencion; estendióse esta á las artes, á cuyo fin se pensó en el establecimiento de la Real Academia de San Fernando, ó de las tres nobles artes cuya universal utilidad se ha visto, aunque no llegó á establecerse formalmente hasta el siguiente reinado del señor Fernando el VI. Cuánto haya sido el fruto de este establecimiento, no hay para que encarecerlo, cuando por todas partes se viene á los ojos, ya en edificios públicos y particulares, ya en estatuas, grabados y pinturas; bien es verdad que su mayor incremento no lo ha tenido hasta años postteriores que, á fuerza de la actividad y fomento de un generoso protector, llegó á competir en sus obras con las mas acreditadas de la Europa, estendiéndose su enseñanza hasta los dominios de América, donde fundó otra academia de discípulos de esta en la ciudad de Méjico, que hubiera producido con el tiempo hábiles profesores, á no haber sobrevenido la insurreccion de todas aquellas colonias.

De todos estos auxilios carecia la corte hasta la venida del rey Felipe V, y es por cierto digno de la mayor admiracion, que en

tre el estrépito de la guerra hubiese lugar en la mente del rey para atender al adelantamiento de sus súbditos. Cuánto provecho hayan traído á los Estados las academias y bibliotecas, es ocioso ponderarlo; pues si atendemos á los individuos de que se han compuesto las extranjeras, y á las obras que han dado á luz, ya en nombre del cuerpo, ya en nombre de ellos, veremos que las ciencias y las letras han revivido por este medio.

España, aunque menos aplicada á fines del siglo último y principios del presente, tuvo algunos hombres grandes en todo género de letras: esto no obstante se escribieron libros agenos de verdadera elocuencia, llenos de fárrago, faltos de crítica, compuestos de expresiones hinchadas y campanudas, que ni se entendían ni las entendía quien hacia uso de ellas, antes bien servían para atormentar el entendimiento de los lectores y escritores; estos eran los modelos para unos hombres que carecían de principios. El juego de vocablos, las metáforas atrevidas, la arbitraria interpretación de los textos sagrados para arrastrarlos al fin que se proponían bien ó mal aplicados, formaba en parte la elocuencia del púlpito á mediados del siglo de que hablamos. Tal vez era este uno de los puntos en que mas se habia echado á perder el gusto. Y ¿que extraño era esto, si la superstición y las vanas ciencias se habian apoderado del corazón humano? Ciertamente se necesitaba un grande esfuerzo para sacarle de sus preocupaciones, y que este esfuerzo llamase en su auxilio al tiempo y la constante laboriosidad de los amantes de las letras, á fin de corregir lo que el mismo tiempo y la indolencia habian viciado. Si á esto se junta la desolación de la guerra, que no daba treguas á pensar en otra cosa que en la necesidad del día, no será de extrañar que el principio de este siglo, respecto de algunas artes y ciencias, se haya de empezar á contar casi desde su mitad; y á no haberse echado los cimientos que quedan referidos, en echarlos se hubiera pasado todo él, siendo esto lo que ha contribuido á los adelantamientos y progresos que ya se van experimentando, y que ofrecen los mas óptimos frutos, tanto en beneficio del Estado

como de la Religión. Academias de lengua latina, de disciplina eclesiástica, de cánones, de teología, se establecieron en Madrid; de bellas letras en Sevilla; de ciencias eclesiásticas en Barcelona, Valencia y otras partes, con las cuales, libres los entendimientos de las nieblas que los ofuscaban, darán con el tiempo el fruto que corresponde á una doctrina sólida. No contribuyó menos al logro de lo que queda dicho el restablecimiento de los estudios fundados por el señor Felipe IV en el colegio llamado Imperial, antes de la expulsión de los jesuitas, y reparado en el año de 1770 por el señor rey Carlos III; sobre todo los de las lenguas orientales, hebrea, árabe y griega, cuyo socorro y auxilio es tan útil para llegar á penetrar el sentido de la sagrada Escritura, que es el fundamento de la Religión, como doctamente lo han probado así extranjeros como nacionales. Si se ofreciese un argumento con un hebreo, por cierto que el medio de rebatirlo seria alegando el mismo texto hebreo que él sigue; porque ni versiones á otra lengua, ni exposiciones de santos y letrados, ni intérpretes le harían la menor impresión, porque para él solo el texto hebreo es canónico y de autoridad divina. Este conocimiento fué el que movió al incomparable cardenal Jimenez de Cisneros á hacer la famosa Biblia, conocida con el nombre de Biblia Complutense, la primera que de esta especie se conoció en Europa; Biblia que despues ha servido de norma á todas cuantas se han hecho, y es prueba manifiesta de lo correcto de ella, y de la buena elección del cardenal en los sujetos que buscó dentro de España, á escepcion de uno, para la ejecución de esta inmortal obra, quien no contento con esto, fomentó tambien en aquel siglo el estudio de dichas lenguas, disponiendo gramáticas, y proporcionando libros competentes, cuyos tiempos vemos volver á revivir ya en España y fuera con utilidad y adelantamiento.

Sin salir, pues, de esta misma materia, ¿cuánto trabajo y dinero no gastaron en el siglo de que se trata el inglés Kenikot y el italiano Rossi, disputándose á porfia recoger códices hebreos de donde quiera que podían haberlos, para apurar de una vez el infinito

número de variantes, en que tanto han abundado, lo que no es de extrañar, los manuscritos de la sagrada Biblia, y acabar de fijar la verdad, publicando despues sus obras con grande utilidad de la Iglesia? Estos dos sujetos infatigables tuvieron la paciencia y constancia de emplearse en un trabajo el mas impropio que se puede discurrir, cual es el de cotejar infinidad de códices bien ó mal escritos, y de aclarar lo que de otro modo era imposible. Si á los masorethas (sin que entremos en la cuestion de si fueron ellos ú otros los que inventaron los puntos vocales hebreos, ó si ya los habia de antemano) se les ha atribuido una gloria inmortal por haber hecho la repetición, esto es, haber contado cuántas veces se repetía en el texto hebreo cada palabra, ¿cuánta no se les deberá dar á estos sujetos, si se atiende á lo mas fastidioso de su trabajo, y en realidad lo mas provechoso?

Tampoco debe pasarse en silencio el erudito Pedro Guarín, benedictino de la congregación de San Mauro, bien conocido por las correctas y esmeradas impresiones que de las obras de los Santos Padres ha dado á luz, haciendo una colección, que con dificultad á ningun precio se puede encontrar. Este docto religioso, natural de la diócesis de Ruan, versado y diestro en las lenguas griega y hebrea, dió á luz una gramática magistral, científica, llena de erudición, copiosa y abundante, en dos tomos 4.º mayor, con la cual no queda nada que desear en esta línea á los que aspiren á escalar este sagrado alcázar. Rudimentos, declinaciones, teórica dilatada, selecta, abundante en ejemplos, costumbres, ritos, música, poesía, cábala, y cuanto se puede apetecer para adquirir con perfección el conocimiento de la lengua santa, otro tanto es lo que contienen estos dos volúmenes, tratado todo con la mayor erudición, crítica y buen gusto. Y no se redujo á esto solo su trabajo, sino que, anhelando hacer una obra de todo punto perfecta, le añadió un diccionario de las voces del texto hebreo de la Biblia, y las del griego de la Vulgata, con la explicación en latin, tan erudita y acrisolada como la gramática; pero arrebatado por la muerte el año 1729, no pudo llegar mas que á la letra

mem de su diccionario, el cual concluyó Mr. de Tournois, y se dió á luz pública el año 1746 tambien en dos tomos 4.º mayor. No dejó de tener este docto varón un contrario acérrimo, que fué Maselef, quien quiso destruir toda la gramática hebrea con el fin de enseñar á leer prontamente sin puntos vocales el hebreo; pero él le refutó con la solidez propia de su índole en el prólogo del tomo segundo de su referida gramática, lo cual prueba que el estudio de esta especie no estaba tan abandonado en un siglo, en que el estrépito de las armas arrastraba tras sí los corazones.

Pero cuando el entendimiento humano ha ido desembarazándose y haciendo mayores progresos, fué desde la mitad de él en adelante; bien que como todas las cosas del mundo tengan ciertos límites, mas allá de los cuales no es lícito pasar, lo que ha sucedido es, que queriendo evitar un escollo, se ha dado en otro, y por remediar un daño, se incurre en otros mayores. La ignorancia, madre de la superstición, tenía los ánimos acobardados y llenos de unas preocupaciones que en realidad no favorecían á la Religión, pero tampoco la dañaban en cosa esencial. Quiso remediar este daño, y se incurrió en el de la impiedad, en el de la irreligión. Voltaire, hombre extraordinario, pero impio, maestro de fervorosos entusiastas y de críticos atrevidos, cabeza de una secta nueva, que sobrevivió á todos sus competidores, y eclipsó al fin de sus días á todos los poetas contemporáneos suyos, tuvo por todos estos medios juntos la mayor influencia sobre su siglo, y produjo una triste revolución en los ánimos y en las costumbres. Por que si alguna vez se valió de su talento para hacer amable la humanidad y la razón, para inspirar á los príncipes la indulgencia, y el horror á la guerra; ha abusado de él muchas mas para estender principios de irreligión y de independencia. Rousseau, impio y sutil, elogiando hasta lo sumo el Evangelio y su divino autor, niega los milagros y las profecías; y no admitiendo otra religión que la natural, lo pesa todo en la balanza engañosa de la razón, y esta le hace resvalar y caer frecuentemente. Estos dos héroes, pues, de la incredulidad y libertinaje, quisieron redu-

cir á especulacion hasta los mas sagrados misterios, y de aqui nació un desenfreno incorregible, que ha contagiado tantos pueblos, y causado tales desórdenes. La revelacion, los Santos Padres, los espositores, todo era para estos impíos una fábula, una novela, una patraña: y destruidos estos fundamentos, ¿en qué habia de venir á parar en ellos y sus secuaces la Religion? En un fantasma, en un esqueleto; y por decirlo de una vez, en nada. Ni subordinacion al Sumo Pontífice, ni á los legítimos soberanos, ni á los jueces, sino igualdad entre todos los individuos de la sociedad civil, tales eran los dogmas de estos novadores: y como el hombre por naturaleza ama á la libertad, que ellos convierten en un ente de razon que no existe ni puede existir; de ahi es que han seducido á tantos, y llevádoslos tras sí, porque con especiosas y sofisticas razones han podido alucinar á unos entendimientos livianos y huecos, vacíos de doctrina é instruccion; siendo digno de llorarse, que unos hombres agenos de virtud, y de vida no la mas arreglada, hayan intentado destruir el edificio de Jesucristo, y echarlo por tierra. Pero á pesar de estos, no han faltado otros varones doctos y piadosos que han combatido como valerosos atletas, y han hecho triunfar la verdad y la razon; aunque siempre ha quedado y queda cizaña que es difícil desarraigarse, segun el incremento que en algunas naciones va tomando. Inmediatamente que el impío Voltaire dió á luz sus engañosos y seductores tratados, no faltó quien escribiese contra él, sin dar á conocer su nombre, publicando en francés una obra con este título: *El oráculo de los nuevos filósofos. Mr. Voltaire impugnado y descubierto en sus errores*: obra que tradujo en castellano el P. M. Fr. Pedro Rodriguez Morzo, del orden de la Merced calzada, en la cual se hace ver á Voltaire, que su fin es dar por ilusorio, insensato, supersticioso, contrario á Dios y á la naturaleza el culto de la Religion católica: que trata de fábulas los libros sagrados en que están depositados los títulos de nuestra ciencia y esperanza: que blasfema contra el Criador, y censura la sabiduría con que crió y formó el mundo, y por la cual se arreglan todos sus

acaecimientos: que destruye todos los principios de moral, el derecho de gentes, la seguridad pública, y la subordinacion legítima, y todo el orden que debe reinar en el universo y que establece la paz y la mejor armonía. Y por último dice que estos nuevos filósofos quieren ellos solos hacerse depositarios de la razon, de la ciencia y de la virtud; y pone todos los medios de convencerlos de sus delirios y extravíos con razones muy claras y sencillas, apoyadas tambien en la Sagrada Escritura y Santos Padres. Y por cierto que harto ridículo es que estos hombres no pongan dada en la verdad de las historias profanas, y les haya de ocurrir en la sagrada, que es uno de los argumentos principales de que se vale el autor anónimo, sin perdonar á Juan Jacobo Rousseau, contra quien hace una docta y eficaz impugnacion de la obra intitulada *el Emilio ó de la educacion*: libro impío, blasfemo, y el mas perjudicial de cuantos hasta ahora se han publicado. A la obra de Morzo, se puede añadir la apología de la Religion cristiana que escribieron contra Bolanger los señores Franzois y Berfier, y el P. Nicolás Jamin, de la congregacion de San Mauro en sus pensamientos teológicos. En España el P. M. fray Fernando de Ceballos, monje gerónimo del monasterio de San Isidro del Campo, publicó la interesante obra de que ya hablaremos, intitulada *«La falsa filosofía etc.»*

No bien habia escrito el primer tomo de su proyectada obra, cuando en los papeles públicos de Paris se dió noticia de que aquella célebre universidad, celosa siempre asi de la pureza de la doctrina, como de los derechos del soberano, acababa de aprobar cierta disertacion hecha sobre el tema que la misma universidad habia propuesto, á saber: *Non magis Deo quam regibus infensa, quæ hodiæ dicitur philosophia*. Y conociendo por aqui cuán importante y necesario habia de ser un asunto, á que convidaba una academia tan célebre, adelantó su trabajo, y aplicó á él todas sus fuerzas, desempeñando este asunto, y dándole á luz sucesivamente en siete tomos que se imprimieron en Madrid en los años de 1775 y 76.

El Consejo, á pesar de los atrasos de la

literatura del siglo XVIII en España, no dejó de dar en los últimos años las mas sabias providencias para el estudio de las facultades y ciencias, sin olvidar el de las lenguas, reformando el abuso de los colegios, y fomentando las universidades, aumentando las dotaciones de sus cátedras, proponiendo premios á los que se aventajasen, no omitiendo medio alguno para que se lograra el fruto de tan buenas disposiciones. Sobre todo en el año de 1778 se espidió una circular por el Consejo de Castilla á todas las universidades, exhortando á sus profesores á que escribieran nuevos cursos de todas facultades, acomodados al gusto del siglo y á los adelantamientos que en él iba teniendo toda la literatura, y ofreciendo á los autores toda su proteccion y los premios proporcionados, siempre que desempeñasen puntualmente lo que se les mandaba. El primero que se adelantó á cumplir los deseos del Consejo, fué el P. M. Fr. Agustin Cabadés Magí, de la orden de la Merced, catedrático de teología en la universidad de Valencia, quien dió á luz su curso de esta facultad, con el título: *Institutiones Theologicae in usum Tironum adornatae*.

La elocuencia del púlpito, que tan decaída estaba en España á fines del siglo XVII y principios de este, como se ha dicho, no tenia la misma suerte en Francia por estos tiempos. El padre Luis Bourdaloue, jesuita, sugeto tan elocuente como piadoso, era bastante para acreditar una nacion, como con efecto fué así porque sus sermones no solo admiraron á la corte de Paris, sino tambien á las provincias de Francia, á donde se le envió ya para persuadir la santidad de la Religion católica con ejemplos y palabras, ya á predicar y convertir nuevas gentes; y nada prueba mejor lo selecto de sus sermones, que la infinidad de ediciones que de ellos se han hecho, hasta traducirse tambien en castellano. El gran mérito del padre Bourdaloue es manifestar y esclarecer sus ideas, y cada una de sus pruebas, con otras ideas y pruebas nuevas tan claras unas como otras. A un mismo tiempo popular y sublime, no perjudica jamás con lo profundo de sus racionios á la claridad de su estilo; pero su solidez no es simple sino elocuente y

briosa, conociéndose claramente que su estudio lo habia hecho en san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Basilio; pero sin parecerse por esto á ninguno de estos santos padres. Ni es el padre Bourdaloue el que prevaleció en la elocuencia del púlpito. El padre Juan Bautista de Massillon, de la congregacion del Oratorio, compitió con él, y quizá le aventajó en la dulzura, en la suavidad, y además en la elegancia. Ninguno ha movido los afectos mejor que él, ni conocido mas á fondo el corazon humano, respirando continuamente verdad, filosofía y humanidad, juntándolo todo á un estilo puro, claro, elegante, y fluido, acomodado al sábio, al ignorante, al rústico, al culto, y por último á toda clase de gentes. Sus sermones han sido apreciados de los doctos, reimprimados varias veces, y traducidos en castellano. Tambien se pudiera hacer mencion de Flechier, Neuville, y otros elocuentes oradores: lo que prueba los adelantamientos de la oratoria sagrada.

Y aunque en España es cierta la decadencia de la oratoria sagrada hasta estos últimos tiempos, en que parece que se esfuerza á volver de su abatimiento, no podemos dejar de decir en honor de la verdad, que se sostuvo la elocuencia del púlpito en la del Ilmo. señor don Francisco Becanegra y Xibaja, obispo de Guadix y Baza, y despues arzobispo de Santiago, en dos tomos de sermones en octavo, que se imprimieron dos veces; y en la del Ilmo. señor don José Climent, obispo de Barcelona, quien á mediados del siglo XVIII fué un dechado de celo, vigilancia y elocuencia en sus pastorales y sermones, cartas, edictos y pláticas, que tambien se dieron á luz, y leyeron con mucha edificacion y aplauso; y en la de otros modernos.

Los elogios de Felipe V y de don Alonso el Sabio, y otros premiados por la Real Academia española, y la oracion apolegética á favor de la literatura española de don Juan Pablo Forner, publicada en 1786, acreditan el buen gusto de los españoles en este ramo tan descuidado á principios del siglo espresado. En la Rusia tambien ha sobresalido el arzobispo Teofanes Prokopovietch, dando á luz sermones, panegíricos, elogios, códigos canónicos, historias, poesias, y toda especie de composi-